

## Tobogán

“Uno, dos, tres, cuatro...”

Va contando mentalmente mientras sube los peldaños.

Va a tirarse de ese tobogán. Le gustan mucho los toboganes. Es un tobogán gigante, mucho más grande que el del parque al lado de casa. Y azul, su color favorito. El del parque es naranja, a su hermana le gusta ese color pero a él no. Al acordarse de su hermana la busca con la mirada. Allí está, en el columpio. Sabe impulsarse sola. Él todavía no, pero está aprendiendo. Ella le enseñará. Pero ahora él se va a tirar del tobogán. Ella no se sube nunca a los toboganes con él, dice que es “de pequeños”.

“... cinco, seis, siete...”

Por fin llega arriba del todo. Se sienta (con cuidado, para no rozarse la herida que tiene en la rodilla). Suelta las manos y empieza a deslizarse...

---

Hoy por fin he llevado a mis hijos a ese parque infantil del que todo el mundo habla. Está rodeado de un cierto halo de misterio, porque todos los niños salen encantados y contando cosas sorprendentes (con ese lenguaje infantil tan

imaginativo y visual, que nunca sabes qué es verdad y qué es producto de su imaginación).

Es curioso. Dejas a tus hijos en la entrada, no permiten a los adultos entrar más allá, así que intuyes el parque infantil, pero no llegas realmente a ver el interior.

---

“Había un hada, papá... Y muchas chuches... Y unos ángeles... Y me han subido a una nube... Y hemos visto el pueblo desde el cielo... He visto nuestra casa, papá... ¿Vamos a venir mañana otra vez?... ”

La lengua de trapo de mi hijo pequeño no para desde que ha salido del parque. La mayor le mira extrañada. Le pregunto a ella. No sabe de qué está hablando su hermano. Pensará, como yo, que está mezclando fantasía y realidad. “Nos han dado una piruleta. Y hay dibujos de nubes en el techo. Es muy bonito, papá, tenemos que volver”, afirma sintiéndose muy mayor con su vocabulario y mis gestos de asentimiento ante lo que me cuenta.

---

Entonces, me doy cuenta de que la puerta ha quedado abierta y asomo la cabeza. No puedo negar que tengo mucha curiosidad por ver el interior de este lugar. Nadie me detiene, así que me atrevo a dar unos pasos hacia dentro, si me llaman la atención siempre puedo alegar que estaba buscando a mis hijos, que estaba preocupado por ellos.

“¡Eran esas nubes, papá!... ¡y esos ángeles!... ¡¡Mira!!”, me grita mi hijo emocionado tirando de mi mano y señalando las paredes y el techo, llenos de enormes dibujos. “¡Mira qué tobogán más grande, me he subido yo solo!”, me explica orgulloso.

Apoyo la mano en el tobogán y siento algo extraño. “Estos chismes de plástico siempre me dan calambre”, pienso, y retiro la mano.

“Hala, ¿cómo has hecho esa magia, papá?”, pregunta mi hija mirando mi mano, en la que observo sorprendido varias golosinas en forma de corazón.

Miro hacia los lados. Sigue sin haber nadie. Observo los dibujos de las paredes, del techo, la cara de felicidad de mi hijo... ¿y si lo que ha contado...? Me acerco al tobogán....

...Y voy contando mentalmente mientras subo los peldaños.

“Uno, dos, tres, cuatro...”